

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN  
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Toda la correspondencia, así política como administrativa, á nombre de

D. Miguel Sawa.

15 CENTIMOS NÚMERO  
Idem atrasado, 30.

A CORRESPONSALES Y VENDEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



DIOS, PATRIA Y REY

Dejó el suelo de España enrojecido  
la sangre convertida en un torrente,  
cuando encendió la lucha el Pretendiente  
por restaurar un trono maldecido.

El juicio de la historia merecido,  
de oprobio y de baldón llenó su frente.  
¡Y quiere aún esa facciosa gente  
animar un cadáver corrompido!

«¡Dios, patria y rey!» Con tan mentido le-  
[ma,

amantes del odioso obscurantismo,  
pretendéis redimir al pueblo hispano.

¡Un Dios del odio y la venganza emblemática!  
¡Una patria entregada al monaquismo!  
¡Y un rey que convertir en un tirano!

BERNARDO CHEVILLY.

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID....	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR  
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS....	Un trimestre..... 3 pesetas.
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »
EXTRANJERO....	» año..... 15 »

La señora doña Regeneración ha dado á luz con toda felicidad, en la tarde del miércoles, á cuatro robustos varones: los señores Gasset, M. de Vadillo, García Alix y M. de Aguilar de Campóoooo.  
Doña Regeneración se encuentra algo mal de salud. Sus apreciables vástagos, buenos, gracias.  
A todos les han salido ya los dientes.  
A última hora la parturienta «ha dado más de sí».  
Y ha expelido un feto.  
¡Era Sánchez Toca!

## LELOS

Nos dieron el jurado, y considerándole como una carga concejil, le huimos el cuerpo lo posible. Nos dieron el matrimonio civil, y pocos osaron aquí casarse civilmente. Nos dieron el sufragio, y no votamos. Y entonces se dijo: ya la política no importa á nadie. Los tiempos de las luchas políticas han pasado para siempre. Hoy el problema está puesto de otra manera. Á las contiendas del derecho han sucedido las del interés. Por eso el pueblo se ríe de los políticos de todas castas y colores

Vinieron las guerras coloniales. El incendio de Cuba se propagó á Filipinas. Nuestra política colonial dió sus naturales frutos. Corrió un río de oro y se derramó un mar de sangre. El pueblo apenas dió muestra de enterarse. Y se dijo: España no siente Cuba, España no siente Filipinas. La posesión de esas colonias es para nosotros más un embarazo que un provecho. ¿Pero es que España no sentía tampoco su ruina y la sangre de sus hijos? Difícil es imaginarlo. En fin, ¡todo sea por Dios! Si España no siente nada de eso, ¡qué le hemos de hacer!

Llegó el desenlace inevitable. La guerra colonial produjo la guerra extranjera. El largo drama se resolvió en una de las tragicomedias más vergonzosas que nunca ha presenciado la Historia. Allí lo perdimos todo, colonias, dinero, esfuerzo, sin salvar siquiera lo que aseguraba el rey caballero haberse salvado en Pavía. Pues bastó al viejo pastor poner á los folicularios la mordaza de la censura para enfrenar los arranques de la indignación nacional. España siguió siendo, después del desastre, una balsa de... cualquier cosa. Y se dijo: esas guerras lejanas no interesan. Falta calor, falta animosidad. Vinieran aquí los yanquis á batirse en la meseta castellana, y ya verían lo que era bueno.

Ahora estamos en plena liquidación. El Gobierno liquidador eligió sus Cortes, formó su presupuesto y apacienta el rebaño nacional como si nada hubiera pasado. La Administración no nos defiende contra los delincuentes; permite que criminales mercachifles nos envenenen so color de alimentarnos; nos deja morir á chorros de abandono, de ignorancia y de suciedad; pero en cambio nos quita de la boca el pan de cada día. Quiere nuestra vida y nuestra bolsa. Más generosos los bandidos, suelen dar á elegir á sus víctimas entre perder ésta ó aquella. ¿Es que tampoco eso nos importa? «Lo mismo da vivir que morir», decía el filósofo antiguo, y como alguien le preguntara: «Entonces, ¿para qué vives», contestó ingeniosamente: «Por eso, porque da lo mismo». Por eso también vivimos los españoles.

Somos grandes filósofos, como dijo el Times á su tiempo con británico humorismo.

Todo es sublime llevado al extremo. Como hay genialidad sublime, también hay sublime simpleza. La indiferencia es la discreción de los necios. Al «no importa» de nuestros padres hemos substituido nosotros el «y á mí qué». Sólo que aquél ganaba batallas y éste las pierde. Posible es que la suprema sabiduría se encierre en aquel *lo mismo me da* de doña Pánfila Sinsabores, una de las mujeres del célebre Barba Azul. Pero en fin, se hace cuesta arriba el pensar que nos sea igual á los españoles vivir que no vivir, comer que no comer, estar sanos que estar enfermos, como diz que nos es indiferente ser cultos ó ignorantes, ricos ó pobres y libres ó esclavos.

¿Será, ¡Dios soberano!, que los españoles tengamos, según suele decirse, la enfermedad bajo el pelo? La inducción del efecto á la causa es una operación elemental del entendimiento, tan elemental, que ni en los animales falta. Por poco avisado que sea, no espera el asno á que el palo caiga sobre sus lomos para adivinarlo: ve el palo y presiente la paliza. ¿Seremos más asnos que el asno? Sin la detentación de la voluntad nacional, no habría habido guerras coloniales; sin guerras coloniales, no hubiese surgido la guerra con el extranjero; sin ésta no habrían sobrevenido nuestra deshonra y nuestra ruina. Así se encadenan los hechos en el mundo, y el percibir ese encadenamiento es lo propio de la inteligencia discursiva. Cuando el hombre yerra, al apreciar la relación de causa á efecto, pronto la realidad viene á patentizar su error. Y entonces hay que estar loco ó imbécil para no apresurarse á rectificarla.

¿Green ustedes que cuando toquen á pagar se armará la de San Quintín, que Sancho hará lo que no supo hacer Don Quijote, y que la susceptibilidad del bolsillo será en nosotros más viva que la del honor? ¡Quia! Pagar, remos, nos arruinaremos, emigraremos, moriremos todos mansamente de miseria y hastío. Y los que sobre vivan se dedicarán á hacer piadosas rogativas para pedir muy devotamente á Dios un buen Gobierno, como ahora le pedimos consuelo para nuestras cuitas y riego para nuestros campos.

ALFREDO CALDERÓN.

## El tornillo del ideal.

Vosotros que, temiendo venganzas del esclavo, soñáis con barricadas, fando en el cañón, ¿por qué jamás temisteis la lluvia de ideales que aneguen privilegios en ondas de perdon?

Temblad de los que sienten nostalgia de lo justo, tranquilos soñadores, hambrientos de ideal, que luchan por las utopías de cosas que amanecen y cantan redenciones en himno universal.

Temblad de los que en rudas batallas de una idea, sin lauros y en olvidos no tiemblan de morir; que luchan por las tristes y opresas muchedumbres y van contra los grandes sus fuerzas á medir.

Que hay héroes que consagran su pluma á la justicia y viven en miseria, y ultraje, y ansiedad, pudiendo hartarse todos en lujo y en molice su pluma redentora vendiendo á la maldad.

Así, cuando yo lanzo mi vista á lo futuro,  
y veo cada día nacer con más calor  
al sol de las ideas de paz y de progreso,  
más cerca me imagino la muerte del Error.

Savia vivificante de sólidas creaciones  
ha entrado en el torrente del círculo social,  
y son los soñadores de ideas imposibles  
los que han de dar al mundo la paz universal.

Temblad, no del martillo, brutal é iconoclasta,  
que esgrime la Miseria, furiosa, en el motín;  
temblad del triturrante tornillo de lo Nuevo,  
que avanza en las conciencias sin término ni fin.  
E. BENOT.

## LA CRUZ Y LA ESPADA

Se introducen los lobos en el cercado donde balan sus penas los corderos; ¿teméis una matanza?... ¡mirad á los lobos y á corderos susurrándose amores!

El fuego avanza sobre el mar; ¿creéis que las llamas se detienen en la orilla?... ¡contemplad á las aguas ardiendo como pólvora!

Un fariseo entrega á Cristo dos pistolas; ¿os figuráis que las armas se le caen de las manos?... ¡ved á Jesús enarbolándolas, el pelo erizado, la boca espumajosa, la faz contraída, un universo de odios en el mirar siniestro; ved á Jesús borracho de venganzas!

¿Monstruosidad?... ¿Demencia?... Monstruosidad y demencia palmarias; pero realidad eficiente y antigua, absurdo en marcha.

La Cruz es humildad, perdón, amor y duelo; la Espada, fuerza, placer, soberbia y egoísmo; ¡y la Cruz donde se muere se ha soldado á la Espada que mata! En nombre de la Cruz se esgrime la Espada; ¡con la fuerza de la Espada se establece el despotismo de la Cruz!

Absurdo que te llamas Constantino, Luis de Francia, Hildebrando, Loyola, Carlos V, cura de Santa Cruz, poder temporal, fusión de Dios y el César, del hermano Dulac y el general Mercier, absurdo de cien siglos; ¡en tu servicio se han organizado las iglesias; en tu defensa, millones de teólogos imaginaron los laberintos de sofismas donde la inteligencia se extravía; en tu holocausto, torpes capitanes emplearon la fuerza contra el sagrado poderío de la fuerza misma!

¡Basta, basta! Tu reinado concluye. El intelectual ha aparecido, y frente á su mirada escrutadora no prevalece la mentira.

O la Cruz ó la Espada.

Si la Cruz, bajen los pastores al medio del rebaño, rindanse las armas, depónganse las ambiciones, arrodíllense todos, todos, comulgue la humanidad en pleno la comunión de dolores y de utopías que habrá merecido por su poquedumbre.

Si la Espada, esclavicemos á los ilotas, exterminemos á los tullidos, adoremos al pensamiento vivo y fuerte, al brazo que lo impone, al verbo que lo expresa, á las caderas que lo inspiran.

Una misma rebelión contra el absurdo ha logrado acoplar á intelectuales de antipodas idealizaciones.

El cura trabaucare nos repugna á todos, al cristiano le horroriza el revólver, á mí me asquea el cura.

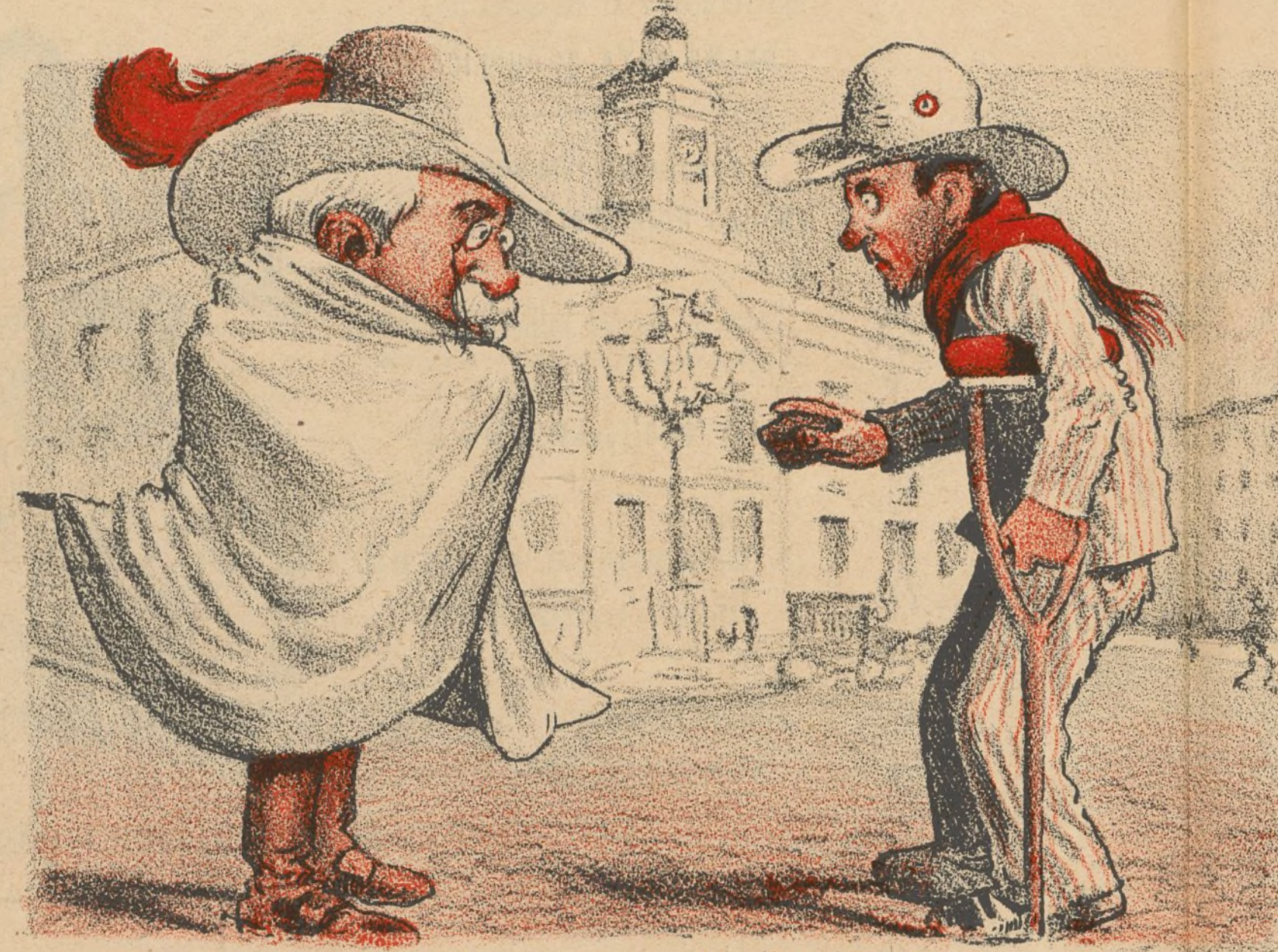


# DON QUIJOTE

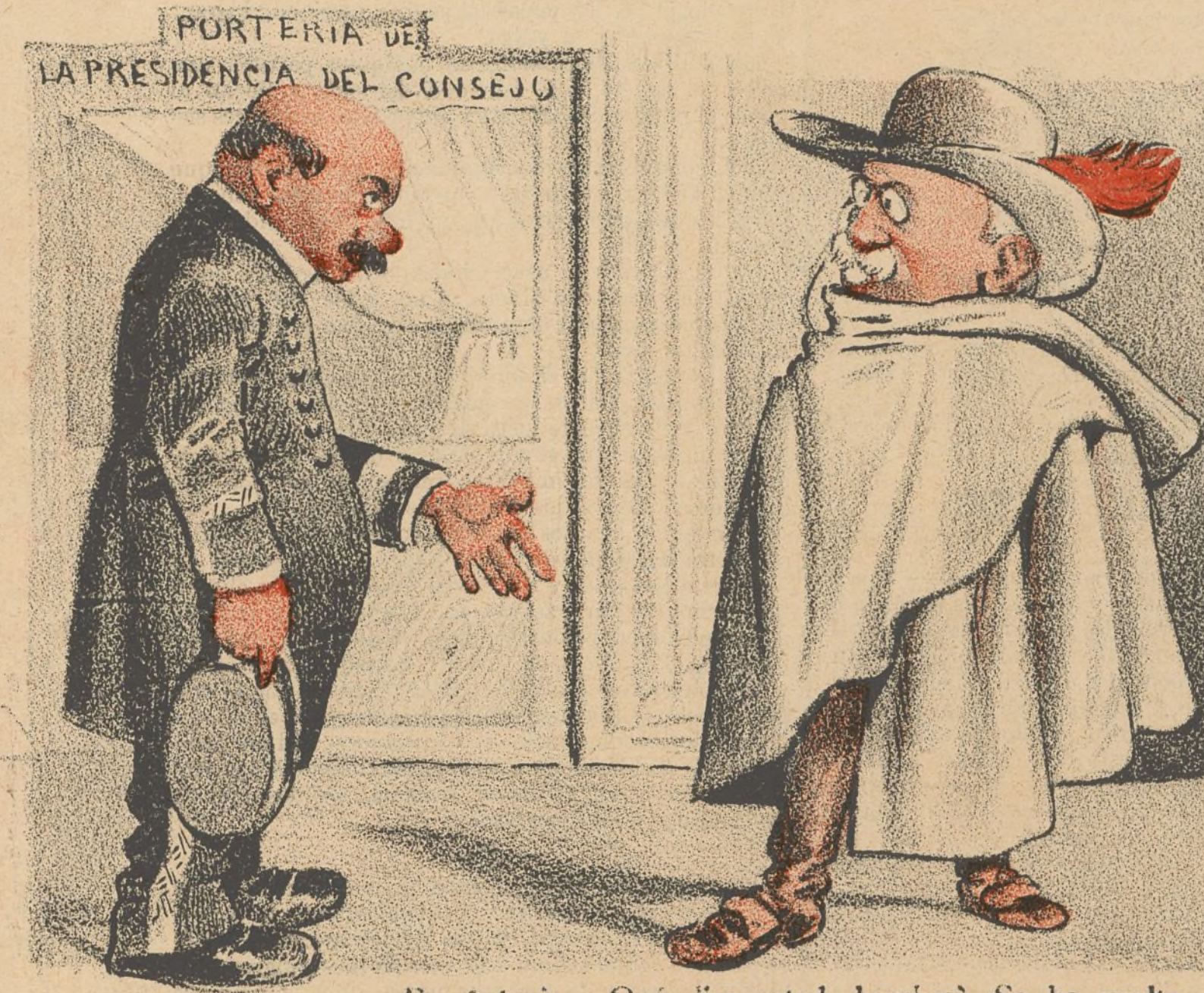
CÁNOVAS REDIVIVO



—¡Vaya, voy á dar una vueltecita por España, á ver cómo andan por allí los asuntos.



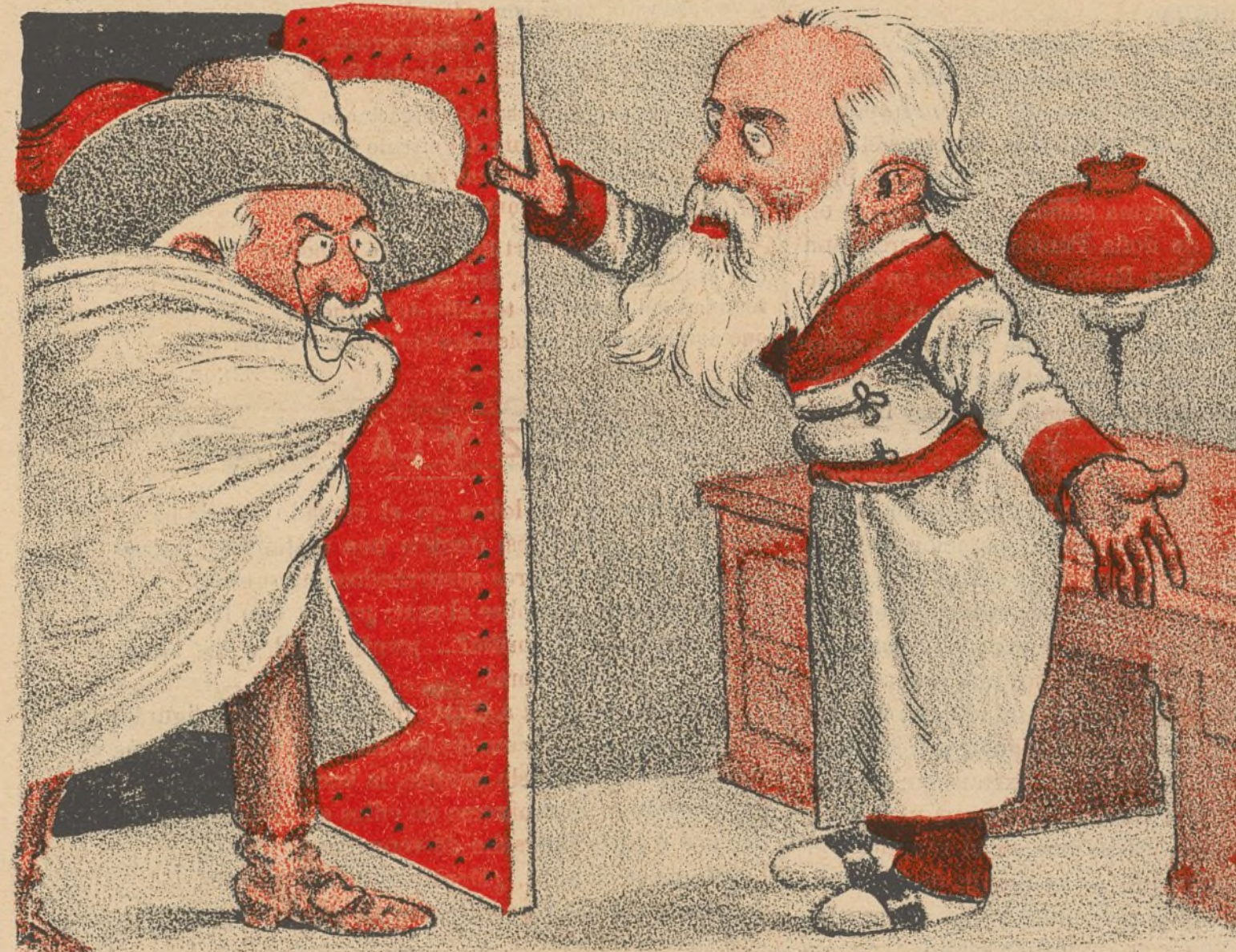
D. Antonio.—¿De modo que hemos perdido Cuba, Puerto Rico y Filipinas?  
El repatriado.—Sí, señor, y además nos han zurrado los yanquis.  
D. Antonio.—¿Y aquí no ha pasado nada?



D. Antonio.—¿Qué dice usted, hombre? ¿Se ha vuelto usted loco? ¿Que Silvelilla es presidente del Consejo?  
El portero.—Sí, señor, y muy á satisfacción de todos los españoles.



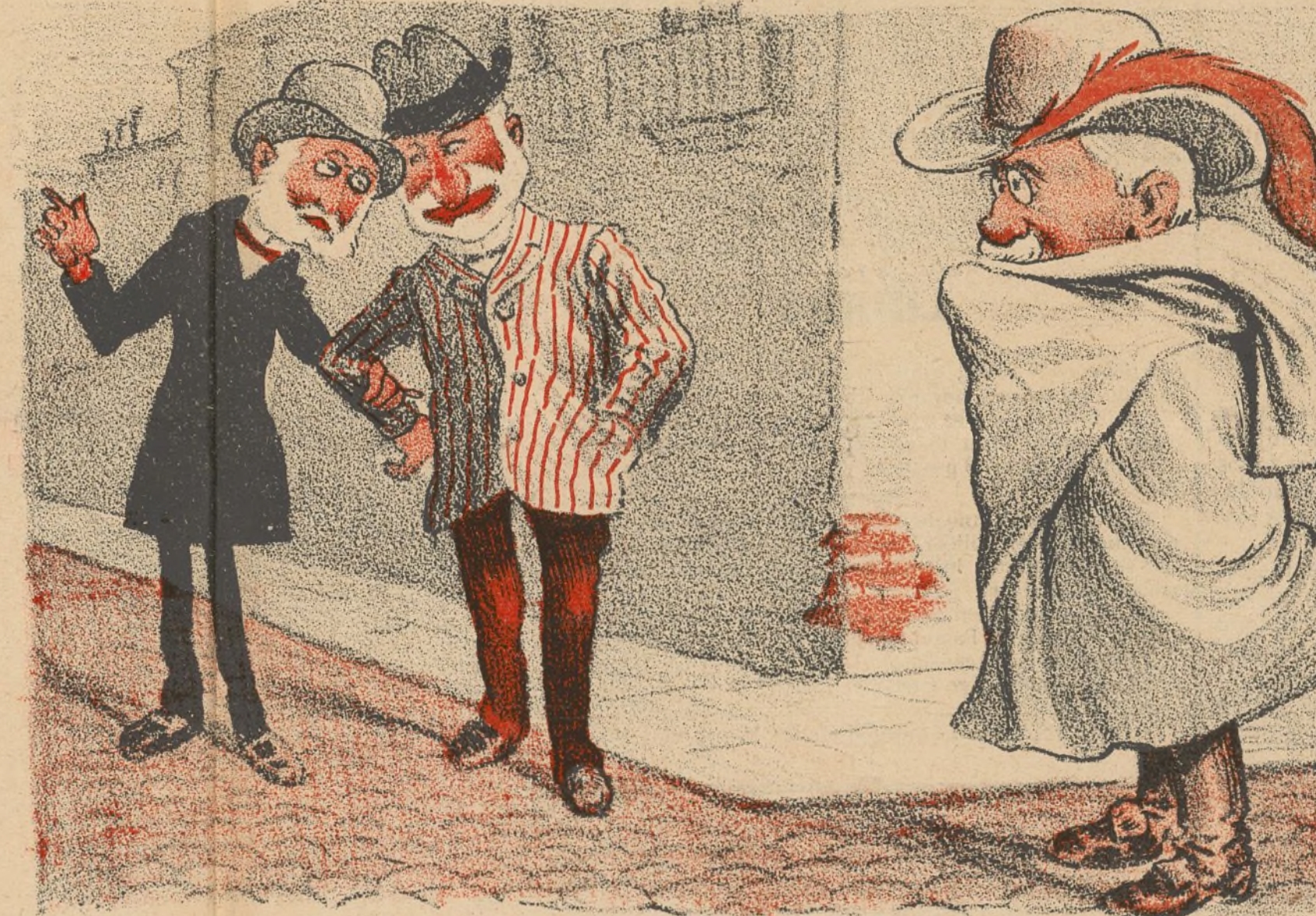
—Pues señor, esto es el acabóse. Silvela jefe del partido conservador, mi memoria escarnecida, vilipendiada... ¡Todos me han traicionado!



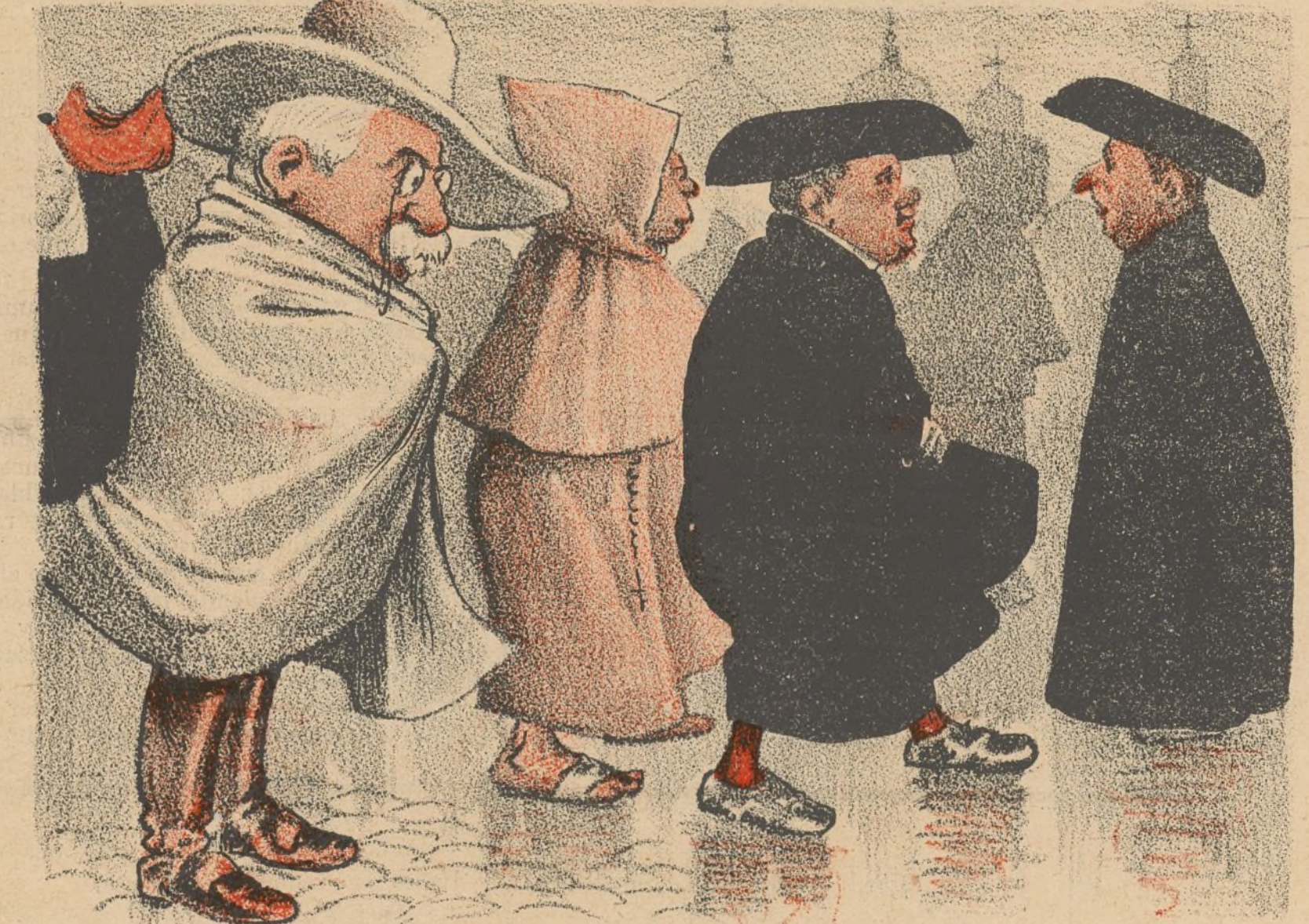
D. Antonio.—¿Pero no me conoce usted? ¡Yo soy Cánovas!  
Pidal y Mon.—¿Cánovas? Sí, me suena ese nombre... Pero la verdad, no me acuerdo de usted.



¿Quién será esta doña Regeneración?



—¿Quién lo dijera! ¡Sagasta del brazo de Silvelilla!



—Pues eso de la regeneración debe ser un hecho. No se ven por todas partes más que curas y frailes.



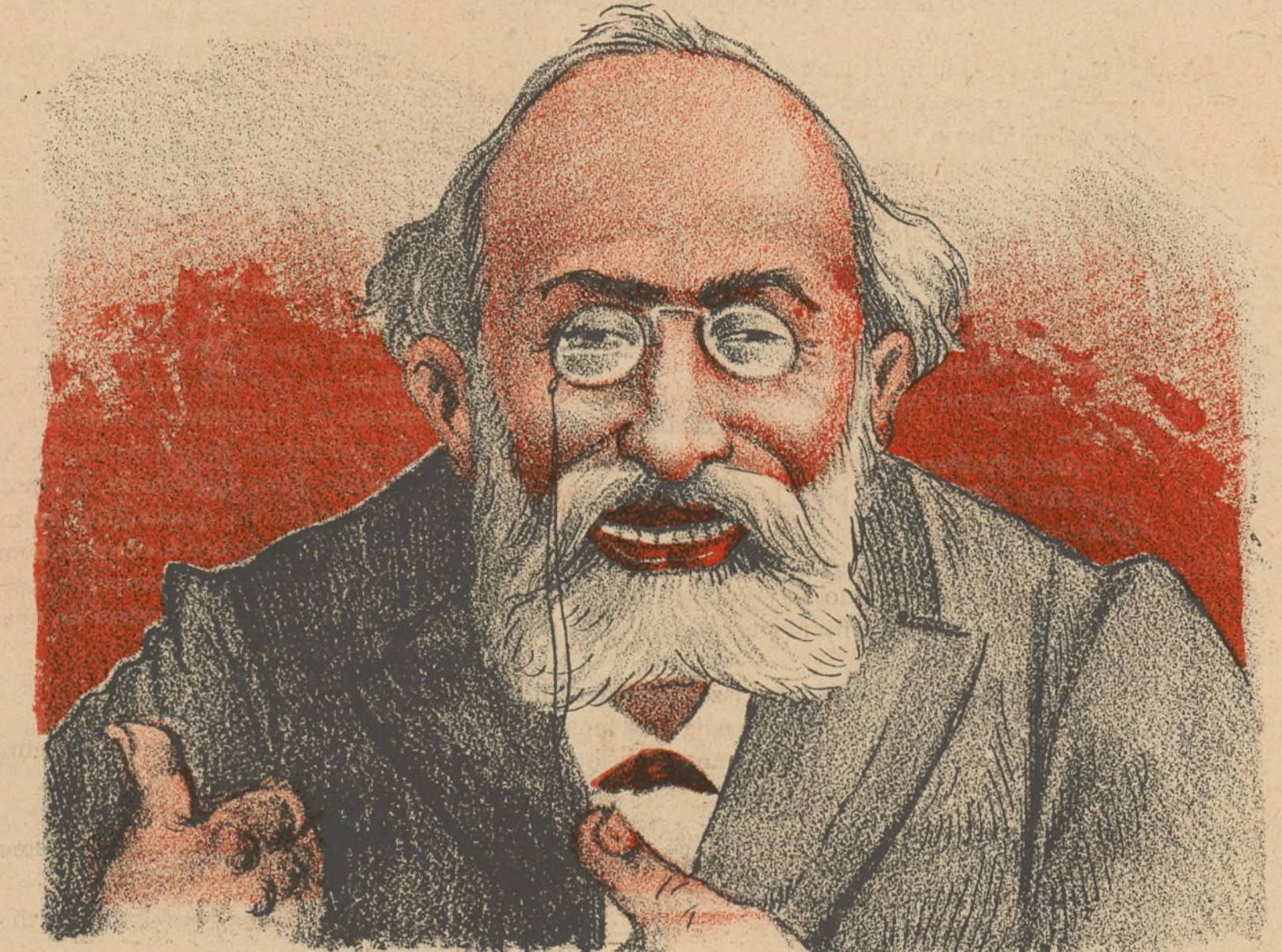
—Y este pobre hombre sigue tan dormido como hace tres años. ¿Dormido ó muerto?



—¡Me dan ganas de resucitar de veras y demostrar á esta gente quién es Cánovas!



—Me vuelvo á mi tumba. ¡Qué asco de vida! ¡Qué bien hizo Angiolillo en matarme!



¿Decían que Cánovas había resucitado!



Prosigamos unidos, mordiendo el acero sin descanso, hasta que la Cruz caiga de un lado y la Espada del opuesto.

Y entonces, vosotros, intelectuales de Cristo y de Comte, de Reclus y de Marx, ¡quedaos con la Cruz!

Y nosotros, intelectuales de Wotan y de Júpiter, esgrimiremos la hoja, é hicándola en el corazón de los que sufren, domeñaremos definitivamente la tristeza, la ignorancia y la miseria humanas.

RAMIRO DE MAEZTU.

## ¡No me jaga usted reir!

Según promesa formal del Gobierno que tenemos, y al que todos conocemos, por su matiz clerical, él nos va á regenerar en cercano porvenir, mas antes va á destruir el liberalismo impío.

No me jaga usted reir que tengo el labio partío.

Silvela con santa unción, en la chochez que le aqueja, se reunió con Polavieja por la vieja tradición: que en esta hidalga nación, con un cirial y un fusil, se puede airoso salir del más enredado lio.

No me jaga usted reir que tengo el labio partío.

Si es que ineptos y sencillos creen de su obra en la eficacia, son tontos. Si con fudacia, viven mintiendo, son pillos; con sus falsos estribillos nos pretenden seducir y obligarnos á vivir como en el claustro sombrío.

No me jaga usted reir que tengo el labio partío.

## QUISICOSAS

Hoy no come el pueblo, por más que trabaja, pero, en cambio, comen, beben y hasta chupan los que no hacen nada.

Ya de las colonias no quedan ni restos, en cambio nos quedan la mar de políticos que esquilman al pueblo.

¿Qué es hoy la política? Pues es una higuera,

## LAS MIL Y UNA NOCHES DE DON RAIMUNDO

### II

El señor ministro, arrellenado en su amplio sillón, leía con cara de aburrimiento el extracto de la prensa: unas cuantas hojas de papel con recortes de periódicos pegados á lo largo.

De pronto se abrió la puerta principal del despacho, y asomó por ella la cabeza tímida de uno de los porteros del ministerio.

—¿Da V. E. su permiso?

El grave personaje, sin interrumpir la lectura, hizo con la cabeza una ligera señal de asentimiento.

Entonces el portero se atrevió á franquear la puerta.

—Perdone V. E.

Y alargó al ministro una lujosa bandeja de plata, en la que se veía una tarjeta.

Su excelencia cogió con ademán aburrido la cartulina.

—¡Bah! Pues no sé quién es esta señora. En fin, que pase. Hoy me siento de buen humor... Quiero ser complaciente...

\*\*\*

Iba vestida con sencillo traje negro, bastante usado ya. El ministro la miró fijamente y la invitó á que se sentara.

¡Ah, esta vez había caído en el lazo! Si; aquella prójima tenía todas las trazas de una pedigüeña molesta.

La mujer tomó asiento, y se levantó el velo que cubría su cara.

—¿Pero no me conoces?

El ministro, al oírse tutear, se afirmó bien los quevedos á la nariz, para estudiar despacio la fisonomía de aquella señora.

y á esa higuera suben hambrientos políticos á coger la breva.

Judas vendió á Cristo por treinta dineros, y hoy también hay Judas que á un partido venden por un triste empleo.

VICENTE RUBIO.

## PROCESAMIENTO

Nuestro querido compañero Miguel Sawa, autor del artículo *Las mil y una noches de D. Raimundo*, ha sido procesado de «orden superior».

¡Gracias, señor fiscal!

## EL CHARLATANISMO

¡Oh tú, mortal ilustre, que, como tantos otros preconizadores de grandes ideas encarnadas más tarde en la sociedad, cruzarías inadvertido por este valle de lágrimas, ya que no vilipendiado y escarnecido! ¡Oh tú, primer expendedor de pomadas y ungüentos, que, vestido de arlequín, á pie, á caballo ó en un carricoche cualquiera, pregonaste á grito pelado las excelencias de tu mercancía; permite á este hijo del siglo que más ha honrado tu memoria imitándote, turbar el reposo de tu desconocida tumba, para decirte con el mayor entusiasmo: «¡Triunfaste, charlatán!»

Si, triunfaste en toda la línea, y el mundo civilizado está hoy á tu disposición.

¿Quién les hubiera dicho á tus contemporáneos, cuando se burlaban de ti, suponiéndote un ente despreciable, que habría de llegar un momento en que sus descendientes serían los apóstoles de tu doctrina, y sacerdotes de tu culto quemarían en tus altares el incienso de la alabanza?

Pero, ¿qué digo ellos? Tú mismo no hubieras imaginado nunca que tu invento, si invento puede llamarse á tan colosal idea, llegara á ser la base de la civilización de un siglo, ni que consiguieras lo que jamás soñó reformador en las esferas política, social ni religiosa: llevar el convencimiento á todas las inteligencias.

Por eso yo, que acostumbro á rendir culto á las grandezas indiscutibles y juzgo de las ideas por los resultados, me prosterno ante ti, confieso tu poder, y te suplico que hagas penetrar en mi cerebro un rayo del sol de tu sabiduría, para ver si logro así abrimme paso entre las tinieblas de la preocupación que me rodean.

\*\*\*

¿Quieres, genio inmortal, que te enumere ahora las profesiones que más decididamente siguen tu escuela, perfeccionada, por supuesto, con los adelantos de la civilización? Pues escucha:

Los médicos y boticarios que poseen el secreto para curar uno, varios ó todos los padecimientos que afligen á la humanidad, y que en todos los tonos y por todos los medios elogian sus específicos infalibles, expendiéndolos á precios exorbitantes, sin que los resultados justifiquen jamás sus alabanzas.

Los hombres de ciencia que desde lo alto de una cátedra ó de una academia pasan su vida ufanándose con descubrimientos debidos á otros, y pretendiendo que cuantos los escuchan bajen la cabeza ante su sabiduría prestada.

Los literatos que á fuerza de no hacer nada tienen tiempo suficiente para dedicarse á solicitar que la pre-

—¡Cómo! ¿Pero es usted?... ¿Pero eres tú?...

La mujer se sonrió tristemente.

—Sí; la misma... pero con veinte años más.

El consejero responsable se echó á reír con toda la boca, muy satisfecho de aquella aventura.

—¡Pues, caramba, todavía estás muy hermosa!

Y se levantó para verla más de cerca.

—¡Vaya! ¡Muy hermosa!

¡Dios de Dios, lo que él había querido á aquella mujer! Al verla, le parecía que todo su pasado resucitaba y que volvía á ser joven y fuerte. Si, aquella mujer, tan olvidada ahora, había sido su primer amor, ó, mejor dicho, el único amor de su vida. Y recordaba con emoción aquellos buenos tiempos, ya tan lejanos. La primera cita, el primer beso... ¡Todo el hermoso idilio! Entonces era ella lo que se llama una buena moza; alta, fuerte, bien modelada, y con una cara llena de salud y de gracia, que daba gusto verla. Terminaron, no se acordaba ya por qué motivo. Lo cierto es que á él comenzaba ya á apuntarle la ambición, y tenía en proyecto un matrimonio de conveniencia. Y la ruptura vino fatalmente. Ella, desechada, no tardó mucho tiempo en casarse con un empleadillo de mala muerte, y él, por su parte, se dedicó á «hacerse hombre».

El ministro, muy conmovido, recordando aquella historia de amores, se apoderó de una de las manos de su antigua novia.

Pero ella protestó.

—Ya sabes que estoy casada.

Entonces él, algo confuso, murmuró:

—Y yo también; se me olvidaba.

Y con voz patética, de orador pretencioso:

—Estamos separados por un abismo.

\*\*\*

Fué aquella una conversación deliciosa. Parecía que

sa los elogio por las malas obras que escriben, logrando así fama entre el vulgo.

Los políticos de ocasión, de cualquier partido, que poseen el secreto de la felicidad del país, y llegan al poder para abandonarlo sin ensayar sus salvadores sistemas.

Los comerciantes de liquidación por derribo que venden géneros averiados á precio fijo; y en general, todos los que pronuncian un discurso para vender media vara de tela.

Los muñidores de asociaciones benéficas que socorren al desvalido con dinero ajeno, y los que ofrecen recompensas para la otra vida á los que embaucan y explotan en ésta.

Los abogados de alquiler que encuentran defendibles todas las causas, y charlan, á tanto el periodo, ante los tribunales de justicia.

Los militares que ganan batallas desde los salones, obteniendo las recompensas merecidas por los que exponen su vida en los campos de batalla.

Y en suma, cuantos trafican, comercian y medran con el trabajo de los demás.

Estas respetables y respetadas clases, ilustre charlatán, forman la parte selecta de tus adeptos, y son las que, á puro perfeccionarla, han elevado á ciencia tu industria, y no á ciencia estéril y baladí, sino práctica y de asombrosos resultados. ¡Desgraciado el que la desdén ó rehuya iniciarse en ella! Perecerá en el rincón del olvido, sin que pueda hacer llegar su último grito de agonía á oídos de la turba charlatana que se reparte al aire libre, y con el mayor cinismo, los despojos de los cándidos y los inocentes.

\*\*\*

Ahora comprenderás, insigne primer charlatán, las justicias de mis alabanzas, convenciéndote á la vez de que el presente es tuyo, de que no hay escuela filosófica, social ó religiosa que haya hecho más progresos en menos tiempo, y de que tu nombre debería grabarse en mármoles y bronce. Mas ya que esto no sea posible, porque tu modestia no te permitió hacerlo llegar hasta nosotros, dignate siquiera inspirar á algunos de los distinguidos continuadores de tu escuela el lugar donde descansan tus gloriosos restos, para elevarle un monumento que admire á las futuras edades, al cual irían en peregrinación cuantos han hecho del charlatanismo un *modus vivendi*, de igual manera que van los mahometanos á la Meca y los católicos á Roma, y en cuyo pedestal pondríamos en letras de oro esta inscripción:

*Al primer charlatán del Universo.*

*¡El siglo XIX reconocido!*

JOSÉ NAKENS.

## LIBROS

Almendros Camps, gran versificador, gran poeta, ha publicado un nuevo y hermoso libro titulado *Pasionarias*.

¡Léanlo ustedes y se convencerán de que la forma poética, digan lo que quieran, no está «llamada» á desaparecer!

Precio del libro, 3 pesetas.

Miguel Poveda, uno de nuestros más inteligentes editores, ha comenzado á publicar, con el título de *Biblioteca Moderna*, una serie de libros, lujosamente presentados y verdaderamente económicos.

El primer volumen de esta biblioteca se titula *Sedución*, y lleva la firma de Palacio Valdés.

Y sólo cuesta 50 céntimos.

¡Conque no les digo á ustedes más!

Imprenta de Antonio Marzo, Pozas, 12

ambos habían vuelto á los buenos tiempos de su juventud. Se hablaban en voz baja, como temerosos de que alguien los oyera, muy juntos el uno del otro, con las manos cogidas... Y así pasó una hora. Comenzaba á anochecer.

El señor ministro miró de pronto el reloj.

—¡Diablo, las seis! ¡Me he fastidiado! Ya no puedo ir á la Cámara.

Entonces ella se levantó.

—Perdona... Me voy... No se te olvidará el nombre, ¿eh? Prudencio Rodríguez. ¡Pero, por Dios, no me lo mandes muy lejos! A pesar de que me ha hecho sufrir mucho, tengo lástima de él. ¡Ah! ¡Y pensar que contigo hubiera sido tan feliz!... ¡No, no puedo resignarme á soportar mi triste destino!...

Se llevó el pañuelo á los ojos y se dirigió á la puerta sollozando.

La despedida fué muy cariñosa, muy tierna.

—Sí, descuida... Prudencio Rodríguez. Mañana mismo.

\*\*\*

Poco después, el señor ministro, algo inquieto, contemplaba su vieja fisonomía en el gran espejo de su despacho.

—Si; estoy medianamente presentable; pero nada más que medianamente.

En seguida tocó el timbre y mandó llamar al subsecretario.

—Necesito una vacante en Ultramar con veinticuatro mil reales.

Y con su voz patética, de orador pretencioso:

—Sí, señores; sabed que he decidido reconciliarme con el pasado.

MIGUEL SAWA.